

ciosas dádivas, y le ofreció su auxilio contra Federico. Manifestóle la sumisión mas religiosa, y le prometió restablecer la union entre las dos iglesias, en el pie en que habia estado en sus mas felices dias de los tiempos primitivos. Pidió al Papa lo que ya muchas veces habia solicitado, que en coyunturas tan favorables volviese á sus sienas la corona imperial; la cual, decia, pertenece de derecho al sucesor natural de los Constantinos y Teodosios, y no al alemán Federico. Insistía diciendo que suministraria tanto dinero y un cuerpo de tropas tan formidable, que someterian de una vez á la iglesia romana, no solamente la infiel Roma, sino tambien toda la Italia. Aunque estas promesas parecieron quiméricas, no dejó el Papa de escucharlas lo bastante para enviar legados á Constantinopla.

44. Pero derrotadas las tropas de Alejandro por el arzobispo de Maguncia, y habiendo caido Ancona en poder de Federico, se acercó este Príncipe con la mayor altivéz á Roma, atacó el castillo de Sant-Angelo, y luego la iglesia de San Pedro, cometiendo la impiedad de ponerla fuego para obligar á que se la entregasen. El Papa Alejandro lleno de espanto, abandonó el palacio de Letran, y se retiró con los cardenales á las casas fortificadas de algunos nobles romanos; mas siguiéndole el terror, salió en trage de peregrino, y buscó mas seguridad en los estados del Rey de Sicilia. Vino entonces el Antipapa Pascual desde Viterbo donde habia esperado el éxito de las armas de Federico; celebró solemnemente en San

Pedro el domingo treinta de Julio, y el martes siguiente, dia de San Pedro ad-Víncula, coronó á este Emperador y á la Emperatriz Beatriz su esposa (1). El triunfo de los cismáticos fue tan pasajero como parecia completo. Al dia siguiente de la coronacion, el ejército imperial despues de un poco de lluvia, fue herido de un sol tan ardiente que causó repentinamente una mortandad espantosa. Los soldados caían muertos sobre sus armas, y cuasi en la marcha. La muerte hirió del mismo modo á los prelados y á los señores, entre los cuales principalmente fue horrible el fallecimiento de Reinaldo, arzobispo electo de Maguncia, uno de los principales ministros del Emperador. Fue tan grande la mortandad, que en algunos dias no fue posible acabar de enterrar los eadáveres. El dia seis de Agosto Barba-roja se vió precisado á abandonar las inmediaciones de Roma. Para colmo del desastre, los pueblos sublevados de la Lombardia le cargaron en su retirada, y acabaron de arruinar las débiles reliquias de sus tropas, mas semejantes á un hospital ambulante que á un ejército.

El Papa Alejandro, á egemplo de Gregorio VII, como refiere Juan de Sarisberi que no halla otro egemplo mas antiguo, habia absuelto á estos italianos, y á todos los demás vasallos de Barba-roja del juramento de fidelidad (2). Habiendo llegado á Francia la nueva de su derrota, y á oidos de Santo Tomás de Cantorberi, escribió al Papa una carta con-

(1) *Acerb. Moren. pag. 345.* (2) *Joán. Saris. ep. 210. tom. 10. Conc.*

gratulatoria, en la cual compara esta catástrofe al castigo de Senaquerib (1). „¿Quién de los ministros de Jesucristo, concluye, se someterá en adelante á las voluntades inicuas de los Príncipes contra la Iglesia? ¿Quién será el preocupado que se atreva á seguir la rueda de la fortuna de un Príncipe soberbio y tan humillado? Ciertamente no seré yo.”

45. El destierro y la indignidad en nada habian debilitado la magnanimidad del santo arzobispo. Habiéndole conferido el Sumo Pontífice, poco despues de su vuelta á Roma, la legacion de Inglaterra, Tomás se vió obligado á hacer respetar la iglesia de la cual era ministro. Escomulgó desde luego espresamente junto con otras personas á Juan de Oxford, que en la dieta de Wirsburgo empeñó en cuanto estuvo de su parte al Rey de Inglaterra para que entrase en el cisma. En cuanto al Rey, que en el ínterin cayó gravemente enfermo, el nuevo legado no pronunció la escomunión contra él; pero le dió á conocer que si no entraba dentro de sí mismo, le escomulgaria igualmente, y pondria entredicho en su reino. En fin, condenó públicamente la acta famosa de las costumbres de Inglaterra, absolvió á los obispos de la promesa que hicieron de observarlas, y declaró escomulgado á cualquiera que en adelante quisiese autorizarse con este escrito fatal. Notificó inmediatamente lo que acababa de practicar á los obispos de su provincia, y mandó al de Londres, dean de

(1) *Lib. 1. ep. 22.*

Cantorberi y su primer sufragáneo, que lo hiciese saber á las otras iglesias.

Esto causó una inquietud general acompañada de rumores funestos en toda la estension de la Gran Bretaña. Guilberto, obispo de Londres, que teniendo alguna sombra de religion hacia la corte á espensas de su conciencia, tembló con solo saber que la legacion se habia conferido al santo arzobispo. Escribió inmediatamente al Rey Enrique, suplicándole que permitiese á los obispos someterse á la autoridad que el Sumo Pontífice conferia á Tomás, y no exigiese de ellos una resistencia capaz de aniquilarlos y cubrirlos de oprobio; pues cuando el Papa ordena, decia en su primer movimiento, no hay subterfugio ó tergiversacion que pueda escusarnos: es necesario obedecer (1). Quedó por otra parte muy turbado cuando se halló encargado de cooperar por sí mismo al vigor y disposiciones del legado. No fue menor la sorpresa de la mayor parte de los obispos. Instruyeron al Rey, se juntaron en Londres para concertar sus defensas, y por una inconsecuencia lastimosa de Enrique que habia prohibido en su coleccion de costumbres el recurso á la santa Sede, de consentimiento de este Príncipe apelaron al Papa de todo cuanto pudiese hacer el arzobispo legado.

No obstante, como conocian la debilidad y todas las irregularidades de semejante apelacion, escribieron al santo prelado para que usase de la mayor moderacion en un negocio tan delicado (2): que espera-

(1) *Thom. lib. 1. ep. 131* (2) *Ibid. ep. 126.*

ban mas paciencia y modestia de un hombre de quien se decia haberse reducido á la pobreza voluntaria entre religiosos fervorosos, y aplicado como ellos á los trabajos humildes, á los ayunos, á las vigili- as, á las lágrimas de la compuncion y á todos los egercicios de la vida espiritual y perfecta: que debia poner sus intereses en manos de la providencia del Señor y de la clemencia del Rey, mas bien que grangearse generalmente la acusacion de ingrato: que todo el mundo tenia presente, y aun podia él mismo acordarse bien del estado de donde el Rey le sacó para elevarle al mas alto grado de grandeza y de favor: que hasta la clase de que gozaba en la gerarquía la debia únicamente á este Príncipe, quien para establecerle en ella no habia atendido á los consejos de su madre: que por las murmuraciones de su reino y los temores del clero, debia horrorizarse á vista del cisma, y de los extremos funestos á la Religion á que su dureza podia reducir á un Príncipe obedecido de tantos pueblos, y que habia resistido hasta entonces á los motivos de mayor consideracion en el mundo; pero de quien tal vez arrancaria la indignacion lo que la seduccion no habia podido conseguir: en fin, que el rigor apostólico estaba reservado para los pecadores obstinados, y que si el Rey su Señor habia pecado, estaba pronto á la satisfaccion.

46. El santo arzobispo manifestó desde luego en su respuesta, que no creía que semejante carta fuese dictada por todos los prelados en cuyo nombre se habia remitido, no pudiendo imaginar que le aban-

donasen de esta manera en la persecucion que sufría por la causa comun del episcopado (1). Parece que sospechó que el obispo de Londres, instigado del Rey, habia tenido en ella la mayor parte. Despues de pintar las indignidades de esta persecucion, el peligro de la vida que le forzó á huir de Inglaterra, la miseria á que procuraban reducirle á él y á los suyos, la proscripcion de sus clérigos, de todas las familias que le eran adictas, ancianos, mugeres, niños, sin sentencia alguna pronunciada; „sin haberse atrevido, dice, á esperarme en el tribunal del Papa, se han confiscado los bienes de mi iglesia: una parte de la plata se ha convertido en provecho del Rey, y si lo que se dice públicamente es cierto, otra parte en beneficio de vuestra iglesia y de vuestra persona, de vos mi hermano el obispo de Londres; en cuyo caso, en virtud de la autoridad que el Señor y la santa Iglesia me dan sobre vos, os mando los restituyais dentro de cuarenta dias contados desde la recepcion de esta carta.”

„Decís que mi promocion ha causado afliccion al clero, y murmuracion en el reino: consultad los monumentos, y hablad segun vuestra conciencia. Ved la forma de la eleccion, el consentimiento de todos aquellos que tenian derecho á votar, la aprobacion del Rey dada por el Príncipe su hijo y por los comisarios. Si alguno se ha opuesto, aquel que lo haya oido que nos dé la primera noticia. Ved además las cartas del Rey y las vuestras, de todos vosotros mis

(1) *Ibid. ep. 137.*

concolegas, escritas al efecto de pedir para mí el pálio." Nótese aquí, que los escrúpulos que tuvo el Santo acerca de su elevacion al obispado, y la dimision que quiso hacer, le fueron únicamente inspirados por la humildad ó por la melancolía. „Si la ambicion, continúa designando de nuevo al obispo de Londres, si la baja envidia aflige á alguno en orden á mi promocion, Dios le perdone, como lo hago yo, los sentimientos vergonzosos que no se detiene en manifestar. Vos me dais á entender que el Rey me ha sacado de la nada: confieso que no soy de origen augusto; pero amo mas mi pequeñez que degenerar de mi nobleza. Habré nacido, si lo quereis así, en una cabaña miserable; pero antes de entrar en el servicio del Rey no ignorais que vivia honradamente en mi medianía. Pedro fue sacado de la barca, nosotros somos los sucesores de los Apóstoles y no de los Césares. Me acusais de ingratitude; pero este crimen solo consiste en la intencion que me atribuis, y que de ningun modo podrá encontrarse en lo que vosotros figurais. Por lo que hace á mí, creo haberme propuesto hacer un servicio al Rey, aunque á su pesar: quiero apartar del pecado por medio de la severidad pontificia al que se hace sordo á los acentos de la ternura paternal. En todo caso temo sobre todas las cosas ser ingrato para con Dios, para con el mas grande y el mejor de los señores.”

„Me representais, en fin, el peligro de la iglesia romana, y la amenaza de que el Rey se separe de ella. No quiera Dios que concibiendo de él idea tan

infame, mida el mal que medita por todo aquello que puede hacer un Principe que egerce su poder en tantas naciones. No quiera Dios que tenga este pensamiento injurioso ninguno de sus vasallos, quanto mas un obispo: temed que lo que decís no sea para ruina de muchas almas, y que el objeto de estas aprensiones afectadas no se manifieste con infamia de muchos. En quanto á la Iglesia, esta se asegura por las persecuciones: nada debemos temer contra su existencia: el peligro se convierte todo en daño de los que pretenden arruinarla.” El arzobispo, antes de concluir, manifiesta á los obispos la nulidad de su apelacion y la irregularidad de sus procederes, con una fuerza de razones y una exactitud tan enérgica, que justifican al mismo tiempo su capacidad en el arte de escribir, y la reputacion que habia adquirido en el manejo de los negocios.

47. Una energía tan decidida y al mismo tiempo tan bien motivada, sacó al Rey fuera de sí. Su inhumanidad llegó al extremo de perseguir á Tomás hasta en el asilo humilde que le quedaba fuera de su patria. Envió cartas llenas de amenazas al capítulo general de los monges del Cister, á fin de que arrojasen al santo huésped de la abadía de Pontigni. La hospitalidad que con él se egercia, si hubiese continuado algun tiempo mas, debia haber sido castigada con la pérdida de cuanto poseían en las tierras del Monarca en uno y otro lado del mar. Los solitarios virtuosos se vieron sin duda muy perplejos para esplicarse con el Santo sobre este particular; pero

apenas oyó la primera palabra, les escusó que siguiesen adelante. La grandeza de su alma le cerró los ojos para no ver su propio interés, dejándolos solamente abiertos para reconocer el daño próximo en la subversion de tantos monasterios que hacian florecer la piedad en las dilatadas provincias de la dominacion británica. „Me afligiria en extremo, les dijo, si causase el mas leve perjuicio á aquellos que me han recibido con tanta caridad. En cualquiera parte donde la suerte me destine, aquel que alimenta las aves del cielo tendrá cuidado de mí y de los compañeros de mi destierro.”

48. Envió sin demora á comunicar esta resolucion al Rey Luis, el cual no la recibió desde luego con la tranquilidad del Santo. „¡O Religion, exclamó, ó Religion! ¿dónde habitas? Ved allí aquellos hombres que creemos muertos al mundo, y á quienes los bienes de la tierra, cuyo desprecio profesan por Dios, hacen abandonar la obra de Dios y á aquellos que sostienen su causa. Volviéndose luego hácia los enviados del prelado: asegurad á vuestro amo, les dijo, de todo mi afecto. No, no: aun cuando fuese abandonado de todos como de aquellos que se dicen muertos al mundo, jamás le abandonaria. Le defenderé constantemente con todo mi poder de cualquiera opresion que sufiere de parte de Enrique, mi vasallo, pues sufre por la justicia. Que escoja en mis dominios el sitio que mejor le acomode, que le hallará preparado.” Poco despues sin embargo manifestó tomar parte en la pena de los religiosos de Pontig-

ni, y les dió gracias de lo pasado. „La Francia es, les dijo, á quien habeis honrado recibiendo este digno obispo, y yo soy el obligado por este favor.”

El Santo escogió la ciudad de Sens, y el Rey mandó que se adelantase un señor con trescientos hombres para conducirle allá desde Pontigni (1). Al despedirse de la comunidad no pudo contener sus lágrimas, por lo cual le dijo el abad: „admiro esta debilidad en una alma tan fuerte. La causa no es la que vos pensais, replicó el arzobispo; es que Dios me ha dado á entender esta noche que moriré con espada. Qué! continuó este buen solitario con una franqueza poco civil, ¿vos sereis mártir, vos que no podeis vivir sin manjares delicados?” Igual prediccion hizo el Santo al abad de Valuisant. Habiéndole primero exigido palabra de que guardaria el secreto hasta despues de su muerte, le dijo, que en la noche precedente se le habia figurado estar defendiendo la Religion dentro de la iglesia en presencia del Rey de Inglaterra: que repentinamente habia sido reprendido por cuatro caballeros, quienes llamándole aparte le hirieron en la cabeza, causándole tanto dolor, que pensó caer desmayado. „Con todo, añadió, no es una muerte tan honrosa la que me aflige; yo bendigo por ella al Señor: siento lo que habrán de sufrir por causa mia aquellos que me han seguido.” Esta revelacion se supo de los abades mismos á quienes la refirió, y los cuales la publicaron despues de su muerte. En Sens se hospedó en el monasterio de Santa

(1) *Ger. Vit. lib. 3. cap. 18.*

Colomba, donde durante el tiempo de cuatro años que permaneció, le visitó frecuentemente Luis el jóven acudiendo siempre con liberalidad á todas sus necesidades, y administrándole de su dispensa cuanto hubo menester. Dos años fueron los que habia estado en Pontigni.

Durante este tiempo, Enrique II que parecia haber tomado este negocio con mas interés que el gobierno de todos sus estados, le afligió con todas las penalidades, y le armó todos los lazos imaginables. Hizo negociar en Roma, derramó el oro con tanta profusion, usó de tantos artificios, que era casi indispensable sorprender al Papa, é infaliblemente habria sobornado á un hombre menos íntegro que Alejandro III. Poco faltó tambien para que no sorprendiese el noble candor de Luis el jóven, no obstante el afecto con que este Príncipe generoso miraba la virtud perseguida en la persona del arzobispo de Cantorberi.

49. Queriendo los dos Reyes, tan frecuentemente en guerra y en negociaciones uno con otro, entenderse al fin sobre varios puntos, se abocaron en Montmiral en la Percha el dia de la Epifanía del año 1169. Despues de haber concluido la paz, el Rey de Inglaterra dijo al de Francia: „Señor, en este dia en que tres Reyes presentan sus homenajes al Rey de los Reyes, yo y mis dos hijos, con mis estados, nos ponemos bajo vuestra proteccion. Entonces sus dos hijos Enrique y Ricardo se acercaron al Rey Luis, y le rindieron homenaje por los estados del dominio

británico situados en Francia, que su padre acababa de dividir entre ellos, y de los cuales Luis su Soberano les dió la investidura.

Con esta ocasion algunas personas de nota y de piedad persuadieron al arzobispo de Cantorberi que buscarse la gracia del Rey de Inglaterra. Aquel Príncipe que hacia toda suerte de papeles para triunfar en el negocio de las costumbres, fingió querer cruzarse para ir á Palestina luego que hubiese hecho en su honor la paz de la Iglesia. Este motivo, uno de los mas urgentes que pudo emplearse entonces, determinó al arzobispo á ir á encontrar al Rey Enrique. Habiéndole presentado el mismo Luis el jóven, se postró el prelado á los pies de Enrique, el cual se apresuró á levantarle. „Señor, dijo el arzobispo, vengo á implorar vuestra clemencia á favor de la iglesia de Inglaterra. A vos mismo me refiero sobre nuestra discordia, salvo únicamente lo que debo á Dios.” A estas últimas palabras abandonándose Enrique á toda la fogosidad de su natural violento, llenó al Santo de baldones é injurias. Volviéndose luego al Rey Luis, „Señor, le dijo, observad su artificio; todo cuanto se oponga á su dictámen no dejará de llamarlo contrario al servicio de Dios; de esta manera legitimará todas sus usurpaciones. Mas para convenceros de que el servicio de Dios no me es menos sagrado que á él, ved las ofertas que le hago: antes de mí ha habido muchos Reyes en Inglaterra mas ó menos poderosos, y en Cantorberi igualmente muchos grandes y santos arzobispos antes que él. Ahora